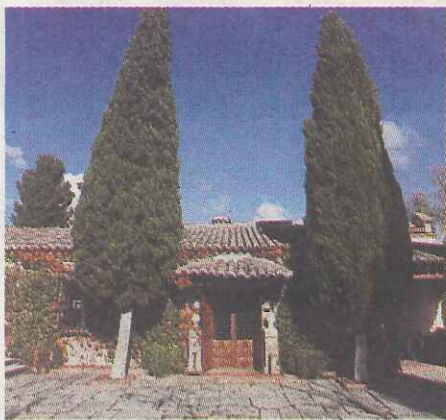


PATRIMONIO EL TOLEDANO CIGARRAL DE MENORES



Gregorio Marañón reconstruye los cuatro siglos de historia del Cigarral de Menores, los recuerdos familiares y el espacio que hoy sigue siendo el lugar de encuentro que siempre ha sido

MEMORIA DE ENCUENTROS



C. S. JARA | TOLEDO
FOTOS: DAVID PÉREZ
redacciontoledo@diariolatribuna.com

Hay lugares predestinados a ser habitados de una sola manera, a la que acaban regresando después de cualquier mudanza. Es el caso del Cigarral de Menores y de los vaivenes de su historia recogidos por Gregorio Marañón Bertrán de Lis en «Memoria del Cigarral, 1552-2015» (Taurus), un libro que es a la vez historia de un espacio, de sus moradores y de la ciudad a la que vigila: Toledo. «Siempre que contemplamos Toledo desde el Cigarral nos sentimos sobrecogidos como si fuera la primera vez», confiesa el autor de un sentimiento seguramente compartido por quienes miran desde cualquiera de los incontables miradores hacia la ciudad milenaria; siempre sobrecoge.

En este libro personalísimo, Marañón recorre cuatro siglos del Cigarral, desde su creación por Jerónimo de Miranda en 1597 hasta hoy, bajo su propiedad. Es una forma de decirlo, porque más parece que el Cigarral se apropiase del alma de quienes lo habitan. Si algo les vincula, además del espacio físico, es la vocación de convertirlo en lugar de encuentro de la intelectualidad y la cultura del momento. Eso y la búsqueda de aliados con quienes compartir la devoción toledana, uno de esos raros amores que crecen cuanto más se comparten.

Se cree, aunque el autor no puede darlo por confirmado, que por el Cigarral de Jerónimo de Miranda anduvo El Greco, como uno de los genios de la época que se cruzaron con el espacio y con su propietario. Por el Cigarral del doctor Marañón pasearían incontables nombres de la cultura, el arte y la intelectualidad del momento, un gusto que el nieto vuelve a recrear desde la Transición a nuestros días.

Ese afán de convertirlo en lugar para el encuentro ha cambiado tan poco como el espacio íntimo que Gregorio Marañón describe con generosidad. «Hay paisajes, ciudades, casas, que tienen el poder mágico de incorporarnos, de hacernos suyos, de suscitar en nosotros un inevitable sentimiento de arraigo. A mí me ha sucedido con el Cigarral y, desde el Cigarral, con Toledo», confiesa el autor desde el arranque mismo del libro.

«Memoria del Cigarral» es un concienzudo trabajo de investigación que ha llevado a Marañón quince años y que desciende hasta el mínimo detalle, con un rico acompañamiento gráfico. Así, es posible reconstruir con precisión los cambios de propiedad, numerosos desde la desamortización que expulsa a los clérigos menores del convento que les legó el propietario original, hasta que en 1921 lo compra por 50.000 pesetas de entonces, el doctor Marañón.

A partir de entonces, la historia es también la del intelectual en una época tan convulsa como brillante en lo creativo y el testimonio que Gregorio, nieto, ha recibido en las obras de los contemporáneos del abuelo, por narración familiar y por sus propios recuerdos de niñez. En todo ello Marañón emplea una prosa sólida y fluida, que hace de su lectura una experiencia placentera y que es fiel al género con el que entronca, el de memorias.

LOS NOMBRES DE VEGA BAJA. Por voluntad del autor, el libro se frena en la etapa más contemporánea del Cigarral de Menores. Poco trasluce de los momentos trascendentes recientes que se adivina puedan haberse fraguado entre las paredes del antiguo edificio conventual y los paseos campesinos que lo circundan. Queda abierta, por ello, la puerta a una segunda memoria, la del autor como actor o testigo de episodios de la historia contemporánea. Con una excepción: Vega Baja, presente desde las primeras líneas a veces como una espina, otras, como el logro que ha sido su rescate. De lo ocurrido con ese «lugar sagrado donde reposan los restos de la capital visigoda del Reino de España» hace un repaso exhaustivo de nombres que trabajaron pro y contra de su rescate. Entre los primeros, Fernando Franco, director de La Tribuna, y Cristina Martínez, periodista también de este diario que recogió en un libro esos momentos decisivos para el yacimiento arqueológico.